

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

GUERRA EN EL ZAIRE

Aunque iniciada desde hacía días, hasta el 11 de marzo, el Gobierno del Zaire no había dado a conocer la invasión de la provincia de Shaba (antigua Katanga) por fuerzas armadas procedentes de Angola. Exclusivamente compuesta de katangueños refugiados en el país vecino raíz de la derrota de Moisés Tshombe en 1963, o entreveradas de angoleños y cubanos —¿quién sabe?—, esas fuerzas avanzaban sin encontrar prácticamente resistencia, lo que lleva a la sospecha de un ejército zaireño con limitada capacidad combativa y a la de una acogida nada desfavorable por parte de la población, que antes que invasores veían en ellas a liberadores del régimen del presidente Mobutu Sese Seko. Entonces, el presidente Mobutu se percató de que su poder se tambaleaba, y, junto a la ruptura de relaciones con Cuba, de nula proyección en los hechos, pidió auxilio a los Estados Unidos, Bélgica y Francia, muy vinculados al Zaire, y asimismo a los países occidentales amigos y clientes. Para la meningitis del Zaire, los Estados Unidos enviaron un sello de aspirina: equipos médicos y de transmisiones por valor de un millón de dólares y a cuenta de un programa de ayuda militar acordado años atrás. Bélgica aceleró el envío de armas ligeras, concertado anteriormente. Una vez que sirvió el pedido, el presidente Tindemans informó que Bruselas daba por cancelada su ayuda a Kinshasa. Otros países occidentales se hicieron los distraídos. Francia no dio inmediatas señales de haber oído las peticiones zaireñas, pero sin pérdida de tiempo se dispuso a actuar de consuno con Marruecos, altamente interesado por la suerte del presidente Mobutu, que en la OUA es su único fiel aliado en la espinosa cuestión de la anexión del Sahara. De ahí que, simultáneamente, el 10 de abril, Marruecos comunicara por su parte a la ONU la decisión de echarle una mano al atribulado Gobierno del Zaire, y París, por la suya, informara de que se proponía a prestar apoyo logístico a la operación, estableciendo un puente aéreo Rabat-Kinshasa con aviones de transporte Transall.

A partir de entonces, pudo estimarse que el presidente Mobutu saldría a flote. Sin esa ayuda de tropas marroquíes y apoyo de Francia tenía contadas posibilidades de resistir la embestida, habida cuenta de las deficiencias y desmoralización del ejército zaireño y el descontento que origina en la población la incompetencia y corrupción de un régimen cuyo apuntalamiento—lamentable contradicción—se impone a los gobiernos occidentales como conveniente para salvaguardar los intereses vitales de una Europa paradójicamente pasiva e indiferente ante el avance marxista en Africa, como hiciera observar recientemente el presidente Houphouet-Boigny.

Como era de esperar, la URSS y sus conmlitonos africanos, y en primer término Argelia, olvidando la intervención cubana en Angola, se ofuscaron de que Francia y Marruecos intervinieran en un conflicto «estrictamente interno» como el de Zaire, con cuyo Gobierno, en definitiva legal e internacionalmente reconocido, Francia está ligada, así como con otros países africanos, por acuerdos suscritos en tiempos del general De Gaulle. Por consiguiente, el conflicto en el Zaire era para Francia ocasión irrenunciable de asentar su credibilidad en materia de cooperación, singularmente militar, y dar pie a que el presidente Giscard d'Estaing se presentara en la cumbre franco-africana, inaugurada en Dakar el 20 de abril, como seguro defensor de los países africanos reacios a profesar en el marxismo, papel que, en el caso del Zaire, los Estados Unidos se abstuvieron totalmente de desempeñar, aunque no impidieran que lo ejercieran otros. En suma, el presidente Giscard d'Estaing cargó con «el fardo del hombre blanco», gesto político cuya valentía es de subrayar por cuanto corría el riesgo de crispar la opinión pública gala, traumatizada por la guerra de Indochina y Argelia. Como quiera que la operación de apoyo logístico fue corta y sin incidencias desagradables, esa opinión pública, en general, vio con buenos ojos que Francia no dejara a sus aliados en la estacada. Dado que el Zaire es uno de los países africanos más rico en reservas de materias primas, el interés por mantenerlo a salvo de la influencia soviética respaldó la favorable reacción de amor propio nacional.

En suma, la limitada intervención francesa en el Zaire y el más prolongado apoyo marroquí han permitido un éxito militar frente a las fuerzas invasoras, que, puede darse por sentado, eran una avanzada marxista en el Zaire. Asimismo, ha permitido a las tropas de Hassan II apuntarse una victoria, aunque se ignore a qué precio. Es decir que militarmente el problema puede considerarse resuelto, aun sin descartar en el futuro esporádicas o sistemáticas acciones de guerrillas o co-

mandos. Pero políticamente, ¿puede estimarse todo resuelto merced al mantenimiento en el poder del presidente Mobutu? Esto es harina de otro costal, por cuanto la lucha contra el marxismo en el Tercer Mundo, y por doquier, no pasa estrictamente por los campos de batalla ni se dilucida con suministros de armas, ni siquiera enviando cuerpos expedicionarios. Para ser realmente eficaz, tal lucha debería apuntar a una renovación de los ámbitos políticos, o sea, la sustitución de jefes de Estado o gobierno arbitrarios, corruptos, incompetentes y, en ocasiones, crueles, de los que por desgracia Africa no está escasa entre esos «amigos de Occidente» a los que suelen odiar sus pueblos. Son los que crean en sus respectivos países ambientes tales de descontento, miseria, irritación y rebeldía que abonan el terreno para la cosecha marxista.

De ahí que aun siendo de celebrar en lo inmediato que no haya triunfado en el Zaire un «katanguismo» teledirigido desde Angola, no quepa echar las campanas al vuelo contemplando el futuro, ya que no se vislumbra modificación alguna en los métodos del gobierno que atacaron los llamados «gendarmes katanguenses» con o sin aliados. Porque el hecho es que uno de los primeros países del mundo productores de materias primas tiene una deuda exterior de 3.000 millones de dólares, una población activa que no alcanza el millón de sus 19 millones de habitantes, mientras los ingresos del Estado se esfuman, el país retrocede y predomina el soborno y la miseria. Estos males dicen a las claras que el riesgo para el Zaire de una invasión marxista no radica tanto a la larga en Angola, los gendarmes katanguenses o sus aliados, cuanto en las condiciones internas del país, que ésas dependen del Gobierno de Khinshasa.

ESPAÑA Y LA COMUNIDAD ECONÓMICA EUROPEA

La prensa nacional recogió la noticia de que el 22 de abril el Parlamento europeo había decidido por unanimidad apoyar el ingreso de España en la CEE, en razón de la buena marcha de su proceso democratizador. Informar es misión de la prensa, si bien, como en este caso, haya noticias que antes que informar confunden. En efecto, supeditar el ingreso de España en la CEE a su democratización es falsear la realidad o caer en una trampa. No pocos caen en ella, alucinados por las buenas palabras y declaraciones de jefes de Estado o Gobierno, dirigentes políticos y hasta de la Comisión Ejecutiva y Consejos de Ministros de la CEE, sin omitir, desde luego, el Parlamento europeo. Indudablemente, no paran mientes en declaraciones contrarias hechas en

diferentes circunstancias y a distintos niveles y, sobre todo, soslayan realidades incuestionables susceptibles de enfriar entusiasmos comunitarios. Porque la realidad es que nada ha cambiado radicalmente entre la CEE y España de atenernos a los hechos de que la mera adaptación a los «Nueve» del Acuerdo comercial preferencial suscrito con los «Seis» en 1970 está yendo desde hace tiempo de Herodes a Pilatos, o sea, de Consejo de Ministros a Comisión Ejecutiva, cuando no se despista en la selva de una burocracia comunitaria experta en tácticas dilatorias, todo ello, sencillamente, porque hay en la CEE intereses nacionales antagonicos de los intereses españoles. El mayor o menor grado de democratización apenas si tiene incidencia en el asunto, aunque durante años fuera excelente excusa para oponer un «no» cortés a las aspiraciones de España. Actualmente, España se enfrenta con el verdadero obstáculo, que es de orden económico o de intereses nacionales nada diluidos en una Comunidad que, por lo demás, se halla en un momento crítico y con riesgo de colapso, por no haber establecido a tiempo una política monetaria común, en criterio de Fritz Hellwig, ex vicepresidente de la Comisión de la CEE.

Entre esos intereses nacionales ocupan lugar destacado los agrícolas de Francia e Italia. Lo dijo sin rodeos en el Congreso de la Federación Nacional de Agricultores franceses, celebrado en Estrasburgo el 7 de abril, el ministro de Agricultura Pierre Méhaignerie: «Ampliar la Europa actual sin que antes se haya consolidado la de los Nueve sólo puede llevar a nuevas y más graves dificultades.» La toma de posición del ministro de sector, con tanto peso específico como el agrícola en Francia, sobre todo de cara a las elecciones, remachaba el clavo de lo declarado anteriormente por el ex ministro de Agricultura y presidente del RPR, Jacques Chirac, opuesto al ingreso de España porque «pondría en peligro nuestras propias producciones agrícolas». Es criterio coincidente con los términos del memorándum que a primeros de marzo el Gobierno francés envió a la Comisión de la CEE solicitando la reforma del Reglamento vitícola. Se trataba de estorbar la entrada en el Mercado Común de vinos extranjeros a precios bajos, es decir, de vinos españoles, portugueses y griegos.

No cabe abrigar la esperanza de que por ser minoritaria la oposición al ingreso de España y demás llamados países «mediterráneos» (Portugal y Grecia), podría derrotarlos una mayoría favorable encabezada por la República Federal. La admisión de nuevos miembros requiere la unanimidad. Por lo demás, la escasa información que se tiene del hermético Consejo de Ministros celebrado en el castillo de Leeds (21-22 de mayo) señala que se produjo un cerrar filas unánime ante

una ampliación a doce de la CEE. Por tanto, evidenciado que la admisión de España como miembro de pleno derecho, que es lo pretendido, alteraría un equilibrio de intereses trabajosa y medianamente conseguido en el seno de la CEE y afectaría además los intereses de algunos de sus miembros, acaso sea llegado el momento de reconsiderar un empeño que, en el mejor de los casos, se lograría a largo plazo, con independencia de factores políticos españoles. Tales factores recuerdan una de las razones aducidas por Ana Karenina para justificar su adulterio: su marido tenía las orejas demasiado grandes.

Sin democracia o con ella, quién sabe si España no tendrá «las orejas demasiado grandes» para la CEE, lo cual sugiere la vanidad y acaso la nocividad de perder tiempo permaneciendo en el vestíbulo de la CEE. Obcecarse con el Mercado Común, ignorando a ciencia cierta el trauma que puede provocar el ingreso en nuestro organismo económico y social, cual si no hubiera en absoluto otra orientación posible para el futuro económico de España, puede ser tanto más cuestionable cuanto que existen áreas posiblemente más ventajosas que la pequeña Europa, que muy inexactamente se autocalifica de «Europa», como si la del Este y la «mediterránea» no lo fueran.

En suma, a la vista de tanta valla, obstáculo, reticencias y oposiciones acompañadas de palabras de aliento, tal vez fuera de desear un replanteamiento pragmático de nuestra aspiración comunitaria, a lo mejor menos provechosa para España y los españoles de lo que se estima, espera o cree, de tomar en cuenta los problemas económicos y sociales existentes en los países miembros de la CEE. Es decir, que quizá sea llegada la hora de desistir y sustituir, echando las bases o dando los primeros pasos hacia un mercado común comprensivo de los países iberoamericanos y los dos países peninsulares, por cuanto Portugal se ve tan afectado como España por las evasivas de la CEE. Tal han sugerido personas tan competentes en materia económica como recientemente hiciera en Méjico el presidente del Banco de Santander, señor Botín. En definitiva, de prosperar la sugerencia, se evidencia que ambos países peninsulares pueden excusar que se les otorgue un certificado de estricta «europeidad» por gozar de la triple dimensión de «euro-afro-iberoamericanos».

UN NUEVO PAÍS INDEPENDIENTE: LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DE YIBUTI

Inicialmente previsto para el 24 de abril, posteriormente aplazado, el 8 de mayo se celebró en el territorio de los Afars y los Isas o Yibuti un referéndum destinado a conocer los deseos de la población autóctona.

tona: independencia o definitiva vinculación a Francia. Los resultados oficiales arrojaron el 93,73 por 100 de votos emitidos favorables a la independencia. Una verdadera marca. Eran 52.000 los inscritos. Al parecer, con anterioridad al referéndum se repartieron tarjetas de electores a miles de individuos carentes del derecho a opinar y no escasearon los que opinaron repetidas veces. Pero el problema no estribaba en la pureza del voto popular, sino en la voluntad de Francia de soltar el último jirón africano del sambenito de colonialista. Tan por descontento se daba que afars e isas clamarian por la independencia que de antemano se indicó la fecha de proclamación de la República Democrática de Yibuti: entre el 20 y el 30 de junio. En definitiva, la proclamación tendrá lugar el 27 de junio. A corto plazo, el nuevo país independiente ingresará en la OUA y, seguidamente, figurará entre los países miembros de la ONU.

Si la adhesión a la independencia de cualquier colonia o protectorado plantea un interrogante, en el caso de la República Democrática de Yibuti apenas caben dudas en cuanto al potencial de riesgos y conflictos que entraña la decisión de Francia de soltar jurídicamente de la mano ese territorio cuyo valor estratégico es de primer orden. En efecto, Yibuti es una de las llaves del estrecho de Bab el Mandeb, que controla el tránsito por el mar Rojo y el golfo de Adén. La otra llave está en poder de Yemen del Sur, lo que excusa comentar su eventual uso. Ello fundamenta el rumor de que Arabia Saudita, Yemen del Norte y el presidente Sadat, en su reciente visita a París, instaran al Gobierno francés para que demorase la concesión de independencia a Yibuti, en evitación de tensiones y acaso choques originados no sólo por motivos de geoestrategia, sino por las condiciones básicas de ese territorio elevado a la categoría de nación independiente.

Porque Yibuti es un país desértico, desolado, que apenas si cuenta con los recursos de una mísera ganadería, sal y acaso minerales sin explotar. Los únicos ingresos dignos de tomarse en cuenta son los procedentes del puerto de Yibuti, de donde parte el ferrocarril que une a Etiopía con el mar. A este cuadro poco alentador hay que agregar que el país está poblado por dos etnias antagónicas: al Norte, por los afars; al Sur, por los isas, estrechamente vinculados en lo racial a los somalíes. El hecho de que la reunión por Francia en 1896 de los minúsculos protectorados de Obeck y Tadjura recibiera el nombre de Costa francesa de los Somalíes avala la vinculación con Somalia, en cuya Constitución Yibuti figura como parte del territorio nacional. De ahí que aun antes de emprenderse el camino de la independencia, los afars acusaran a los isas de peones de Somalia. No puede excluirse

que Somalia sienta deseos de respetar los términos de su Constitución y trate de estirarse hacia el territorio vecino, por más que Arabia Saudita se esfuerce en sujetar a ese país con generosas donaciones. De no ser eficaces, a la vista tendríamos un conflicto somalí-etíope que, posiblemente, provocara la intervención del Sudán, que acusa al DERG de fomentar la rebelión de los anya-nya en el sur de ese país y de los ansari en el Norte, con la ayuda de Libia. Es de advertir que, en contrapartida, Sudán apoya la guerrilla eritrea... En todo caso, como quiera que la salvaguarda del ferrocarril Yibuti-Addis Abeba tiene vital importancia para Etiopía, se evidencia la necesidad imperiosa de que, pese a la independencia, se mantengan relaciones normales entre la flamante República Democrática de Yibuti y Addis-Abeba, donde el poder en manos de Mengiste Haile Mariam, que acaba de estrechar lazos con la URSS —altamente interesada en la evolución de la situación en ese sector de Africa—, no es precisamente un factor susceptible de fomentar la tranquilidad.

Que se le hayan impuesto a Francia los peligros implicados en una independencia más que concedida, regalada, lo pregona el hecho de que junto al desvelo por dotar a la nueva nación de una Asamblea destinada a redactar la Constitución —Asamblea elegida a base de candidatura única— y empujar a la presidencia al anciano y respetado jefe isa Hassan Guled no sólo ha aplazado la retirada de efectivos militares y navales, sino que los ha reforzado con unidades de la Legión. De otra parte, el aeropuerto, considerablemente ampliado desde hace unos años y dotado de una carretera en óptimas condiciones hasta la ciudad de Yibuti, permite establecer sin problemas de espacio un puente aéreo entre París y ese nuevo país. Es decir, que aunque Francia haya puesto en órbita una nueva nación, está en condiciones de defender y mantener su independencia o, cuando menos, de neutralizar los peligros que la rodean. Tal es por ahora la postura que ha adoptado el Gobierno del presidente Giscard d'Estaing. Es un aspecto parcial de su visión global de la política francesa en Africa, que tuvo en el Zaire su máximo exponente. No se puede vaticinar qué perspectivas de futuro tiene tal política, por estar supeditada al resultado de las elecciones legislativas de 1978. Según sean los vencedores, suscribirán o no la opción de luchar por un territorio desgajado de Francia que ha desistido de luchar para conservarlo unido a ella.

OTRA NACIÓN INDEPENDIENTE A LA VISTA: BELICE

Con motivo de la resolución favorable a la autodeterminación de Honduras británica o Belice, adoptada el 21 de noviembre de 1975 por

la Asamblea General de las Naciones Unidas, salió a la palestra, hasta con rumores de conflicto armado, la vieja reivindicación de Guatemala sobre un territorio en el que Gran Bretaña había plantado sus reales a principios del siglo XIX al socaire de una concesión forestal. Las vicisitudes por las que pasó Guatemala antes de proclamarse nación independiente, desprendida de una Federación de Centroamérica por la que se afanó Francisco Morazán, facilitaron el camino que iba de la concesión a la colonia, maliciosamente denominada Honduras británica, siendo Honduras país con el que nada tiene en común en lo geográfico. En cambio, ese territorio que se impone como un enclave en territorio guatemalteco es fronterizo con Méjico. Es circunstancia que en vísperas de la resolución de la ONU provocó tensiones entre Guatemala y Méjico. Al finalizar la visita que el presidente Echevarría hizo a aquel país, declaró que Méjico tenía derechos históricos sobre Honduras británica o Belice, que es su reciente denominación. Para Guatemala, que esperaba una declaración de apoyo a su reivindicación, y en cuya Constitución Honduras británica o Belice tiene categoría de «territorio nacional», las palabras del presidente Echevarría cayeron como pedrada en ojo de tuerto.

No por ello se desalentó Guatemala. De dar crédito a las declaraciones del presidente Laugerud después de visitar Costa Rica en mayo del año pasado, su país tenía muy presentes sus derechos sobre Belice. Acaso confiara el presidente Laugerud en que las discrepancias existentes en Belice entre partidarios de la independencia por sus pasos contados y partidarios de la independencia sin demoras le permitirían ganar tiempo y lograr apoyos eficaces para la reivindicación de Guatemala, por muy arduo que sea neutralizar los efectos del dogmático derecho de los pueblos a autodeterminarse fallado por la ONU. Por lo demás, la resolución de la ONU se correspondía con los deseos formulados por los países asistentes a la Conferencia de Cancilleres de Río, de 1947, y a la IX Conferencia Americana de Bogotá, de 1948. En ambas se manifestaron expresas aspiraciones a que se pusiera término a la ocupación de territorios americanos por países extranjeros, pero no se puntualizó si una vez conseguido este objetivo, remontando la corriente del tiempo, esos territorios habrían de reintegrarse a los países surgidos del desmantelamiento de los Virreinos y Capitanías Generales de la presencia de España. Es decir, que Guatemala, por justificada que fuera su reivindicación desde un punto de vista geográfico e histórico, carecía de bazas susceptibles de darle el triunfo, singularmente, una vez que el cónclave internacional dio el visto bueno para

que Belice se autodeterminara, o sea, le pusiera el pie en el estribo de la independencia.

De antemano se puede augurar una anémica independencia a ese país de 21.268 kilómetros cuadrados, de unos 80.000 habitantes, en gran parte negros importados, y cuyos recursos se reducen a las explotaciones forestales y una limitada agricultura. Ciertamente es que siempre cabe confiar en transfusiones como contrapartida de tolerancias, facilidades, concesiones o acuerdos suscritos con otras potencias y propiciados por la situación geográfica de Belice. En efecto, en el sistema de seguridad de los Estados Unidos en el Caribe se impone que Belice podría ser elemento de gran interés dada su situación con relación a Cuba, Santo Domingo y Haití. Podría fortalecer el ya constituido sistema defensivo y de control basado en Puerto Rico y la zona del canal, sistema destinado en primer término a salvaguardar precisamente el vulnerable canal y sus vulnerables esclusas. Ello explicaría el nulo interés de Gran Bretaña y los Estados Unidos por prestar oídos a la reivindicación guatemalteca. Un Belice integrado en Guatemala hubiera reducido notablemente las posibilidades de estar alerta a lo que sucede o pudiera suceder en las Repúblicas centroamericanas, plétoras de grandes intereses norteamericanos. En cambio, un Belice independiente, débil y necesitado permite abrigar la esperanza de arreglos para establecer una torre de vigía, cabeza de puente o base operativa arropada en fórmulas perfectamente compatibles con la independencia. Porque es indudable: por mucho que la evolución mundial haya alejado las grandes potencias de la política de las cañoneras, siguen en vigor métodos eficaces para defender los intereses vitales. Entre tales intereses figura la vieja y enconada cuestión del canal de Panamá.

Con ella parece relacionarse la decisión del general Omar Torrijos de apoyar al «premier» beliceño George Price, partidario de la inmediata independencia, aun a costa de enojar a Guatemala. Una nueva nación que echa a andar por los vericuetos de la independencia sin los medios económicos de una auténtica independencia para avanzar es una especie de gato al que más de uno puede estar tentado de poner el cascabel. En el supuesto, posiblemente no aventurado, de que los Estados Unidos hayan puesto el ojo en Belice para convertirlo en aliado, amigo o favorecido con su ayuda, podrían encontrarse con rivales que a última hora fueran más afortunados. En el vasto mundo descolonizado no sería la primera vez que tal sucede. No por aducir, por supuesto muy legalmente, el general Torrijos que su apoyo a la independencia de Belice «es consecuente con la letra y el espíritu de la resolución 31/50 de la Organización de las Naciones Unidas» se disipa

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

la sospecha de una maniobra tendente a minarle el terreno a los Estados Unidos en Belice aun antes de que lo pise.

En su justa y tenaz lucha contra la presencia norteamericana en su país, el general Torrijos no se anda con remilgos llegado el momento de hacer acopio de apoyos, buscándolos incluso en punto tan alejado de Panamá como es Libia. Es decir que junto a declaradas amistades pueden existir soterradas connivencias que son parte de un plan de estrategia a escala mundial, destinado a ponerle las peras al cuarto a los Estados Unidos en el continente americano y por doquier.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA